

APUNTES NECROLÓCICOS



D. Fidel de Sagarminaga

(CONCLUSIÓN)

Las *Memorias históricas de Bizcaya* (Bilbao—1880) en las cuales coleccionó el Sr. Sagarminaga varios interesantísimos estudios relativos á diversos aspectos de la cuestión foral, bastarían por sí solas para demostrar la competencia extraordinaria del patricio bizcaino en cuanto atañe á la legislación privativa del país bascongado. A esta cualidad envidiable se unía en el señor Sagarminaga otra valiosísima, que honra á la vez al hombre y al escritor: la serenidad y moderación de su estilo, la cortesía verdaderamente cristiana con que trataba aún á sus propios adversarios políticos. El ilustre escritor, cuya pérdida lloramos, creía con razón que no hay cosa que un caballero no pueda decir cortesmente, y siendo enérgico y vigoroso en la defensa de los principios que eran norma y guía de su vida pública, supo siempre guardar en la forma de sus trabajos todas aquellas consideraciones y miramientos que el hombre, y más el hombre regenerado por la sangre de Cristo, debe á sus hermanos en la fe y en la patria. Por estas cualidades, que son de las que más enaltecen á un caballero cristiano, supo ser respetado por los representantes de los diversos partidos políticos en que, por mal de nuestros pecados, se halla dividida la gente euskalduna. Aun los mismos que habian sido aludidos y censurados en los escritos del Sr. Sagarminaga, no podían menos de sentirse atraídos á él por cierta misteriosa simpatía, porque el probado amor que el ilustre patricio profesó á las cosas bascongadas, la honradez y sinceridad con que siempre escribió, y la exquisita prudencia de su estilo, tenían po-

der más que suficiente para desarmar aun al más prevenido en contra suya. De antiguo se dijo que la palabra dulce mitiga la ira.

Este ejemplar y escrupuloso respeto á su propia dignidad y á la dignidad ajena, este saludable temor de zaherir y atribular á un alma humana, hecha á imagen y semejanza de Dios y rescatada por el precio inestimable de la Sangre de su Hijo, aumenta el valor y excelencia de los escritos del señor Sagarminaga, y si acaso le quitó lectores y popularidad por el momento, le granjeó en cambio el aplauso de los que no gustan apartarse nunca de la serenidad, y dió á sus libros un carácter de austera disciplina moral que tan admirablemente se compecede con los árdulos trabajos históricos, políticos y sociales.

El Sr. Sagarminaga, que era un bibliófilo inteligentísimo y poseía una de las más ricas y mejor ordenadas colecciones de libros que existen en el país bascongado, no se contentó con escribir de cosas de tiempos actuales, sino que, empeñado en ardua labor de investigación, recogió en una obra notabilísima el fruto de muy asiduas y bien encaminadas pesquisas acerca de *El Gobierno y el régimen foral del Señorío de Bizcaya desde el reinado de Felipe II hasta la mayor edad de Doña Isabel II* (Bilbao. 1891-1892).

De esta obra que consta de ocho voluminosos tomos, y representa un trabajo penosísimo y paciente de investigación histórica, hecha, como Dios manda, sobre las mismas fuentes, y con un loable respeto á los santos fueros de la verdad, he hablado más de una vez con entusiasta elogio, en las páginas de la EUSKAL-ERRIA.

Esa obra importantísima constituirá en adelante uno de los más copiosos arsenales para todo el que pretenda estudiar la historia del país bascongado desde los grandes días del siglo XVI, era en que, con el descubrimiento de las Indias Orientales y Occidentales, y con el lauro que en aquellas asombrosas expediciones, que parecen invento de la fantasía alcanzaron nuestros antepasados, fué modificándose radicalmente la vida de la gente euskara, y conociendo comodidades y holguras que hasta aquella sazón estuvieron alejadas de los umbríos y pintorescos valles en que habitan los hijos de Aitor.

Asombra el cúmulo de datos y noticias que contiene el eruditísimo libro del Sr. Sagarminaga; y la labor inmensa y perseverantísima que esto representa, porque ha de tenerse muy en cuenta que en todo trabajo de erudición es mucho más lo que se disimula que lo que se ve, lo que queda oculto ó sólo parcialmente se manifiesta que lo que

se muestra á toda luz. Y es tanto más meritoria esta labor, cuanto los estudios de erudición, como dijo oportunamente mi sabio amigo don Marcelino Menéndez y Pelayo, y recordé yo á propósito de esta misma obra del Sr. Sagarminaga, andan tan desvalidos en España, que más que recomendación para nadie, son una especie de sambenito. El erudito, segun el juicio del vulgo, pertenece á una casta de hombres ociosamente entretenidos ó quizá dañosos á la república. Otros ponderan la memoria de los que se dedican á estas cosas, «como si de memoria—exclama el Sr. Menéndez Pelayo—pudiera escribirse una sola página de erudición, sin caer en tantos dislates como renglones...» «No la memoria, sino el documento vivo y presente, la voluntad férrea y tenaz para buscarle, y el discernimiento crítico para entenderle, y el ánimo libre de toda niebla de pasión, y la serenidad científica del método unida á cierta especie de imaginación retrospectiva, es lo que conduce al hallazgo de la verdad histórica.»

A librar á su ánimo de toda niebla de pasión propendió generosamente el Sr. Sagarminaga, y por ello pudo ser imparcial y veracísimo en la narración de los acuerdos adoptados por las asambleas populares de Bizcaya, sin omitir ninguno de importancia, aun cuando pudiera interpretarse en sentido contrario á las ideas que habia sostenido siempre. Tenia demasiado alto concepto de la historia para sacrificarla en aras de intereses políticos ó de preocupaciones patrióticas, por nobles que en sí fuesen. Quería que el espíritu del historiador se purificase de toda terrumbre de parcialidad violenta, para que pudiese ver más clara y resplandeciente la verdad. «Santificad vuestras almas como un templo—decia Mad. de Staël a los artistas,—si quereis que el ángel de los nobles pensamientos se digne descender á ella». Sin esta elevadísima idea de los deberes del investigador histórico, al cual puede considerarse dirigida por extensión la exhortación de la hija de Necker, ninguno de los trabajos que pretendan esclarecer nuestro pasado podía tener, por mucha labor y erudición que en él se empleen, el interés y positiva utilidad que encierra la obra del Sr. Sagarminaga.

Los que se sienten atraídos irresistiblemente por la flor de las letras humanas, por ese fulgor misterioso del arte que embellece cuanto toca, podrán aprovechar en la obra de que venimos tratando cierta pesadez y sequedad de estilo, como si la árida prosa curialesca de los acuerdos hubiese contagiado al Sr. Sagarminaga y cortado los vuelos de su fantasía. Pero el ilustre escritor pudiera haber contestado á los que tal

reproche le hicieran que «miraba más á lo formal del concepto que á lo material de las voces», como decía el clarísimo P. Maestro Fray Enrique Florez en el prólogo al tomo 3.^a de su *clave historial*.

Por otra parte no conviene olvidar que el Sr. Sagarminaga no trató de escribir una historia de Bizcaya desde el siglo XVI, sino de publicar ordenada y metódicamente una relación de los acuerdos más importantes adoptados por el Señorío, acompañados de muy discretas observaciones y juiciosos comentarios propios. Y al investigador que, modesta y concienzudamente, nos ofrece el fruto de sus vigilias, no hay derecho á exigirle lo que se exige, por ejemplo, al historiador filósofo ó al historiador artista. Ni el genio de la historia filosófica ni el genio de la historia artística son de los dones que con más prodigalidad concede la Divina Providencia á los humanos; y los que carecen de esos dones tan grandes como peligrosos, según atinadísima observación de Menéndez Pelayo, bien hacen en refrenar los impulsos de su fantasía, y en limitarse al papel, más humilde pero acaso más provechoso, de investigador.

No son seguramente los historiadores sintéticos y generalizadores los que más han hecho por el conocimiento de las sociedades que fueron, y por el esclarecimiento de nuestras cosas antiguas que han estado largo tiempo ocultas é ignoradas, hasta que la honrada, paciente y modesta erudición de escritores beneméritos las ha inundado de luz. ¿Quién será osado á negar que el P. Florez, con ser pobrísimo escritor, ha sido ornamento glorioso de la historiografía española, y ha hecho quizá más que nadie por restablecer la verdadera noción de muchos de los problemas relacionados con la historia civil y eclesiástica de nuestra patria? Por más que no nos subyuguen con el torrente impetuoso de su elocuencia, ni nos deleiten con la serena lumbre platónica de su estilo, no dejan de ser admirables cultivadores de las ciencias históricas, los Muratori, los Montfaucon, los Mabillon y los ilustres miembros de la inolvidable Congregación Maurina, á la cual debe Francia los ingentes y sólidos volúmenes de su *Historia literaria*, y ha debido la erudición moderna no pocas de sus más preciadas é inestimables conquistas.

El trabajo del investigador paciente y erudito es antecedente necesario de la obra del historiador sintético. Rara vez se dan reunidas en una misma persona las cualidades del investigador y del artista de genio. Agustín Thierry, por ser una excepción gloriosa, no constituye

regla. Y aún el mismo Thierry se valió para sus admirables trabajos de reconstrucción de los tiempos medio-evaes, de modestas y olvidadas *Crónicas* de aquellos siglos, en que la historia apenas se cultivó sino como apacible entretenimiento y amena y viva curiosidad.

Por eso, sí hemos de aspirar á que alguien, marcado con el sello de los privilegiados, trace en un cuadro sintético la historia bascongada, son indispensables trabajos de preparación tan sólidos y concienzudos como el del Sr. Sagaminaga, quien de los acuerdos del Señorío de Bizcaya ha extraído una rica mina de noticias que, merced á él, pasan al dominio común de toda persona medianamente ilustrada y aficionada á las cosas de nuestro país.

No es de extrañar por ello el éxito nunca sobrado benévolo que alcanzó tan importante obra, ni el nombramiento de Cronista honorario de Bizcaya que por ella mereció su autor. Era una recompensa justísima, y al otorgársela al Sr. Sagarminaga, se honró á sí mismo el noble pueblo bizcaino.

Poco tiempo vivió el Sr. Sagarminaga desde que le designaron para este cargo tan importante y honroso. La muerte prematura é inesperada de su hijo Pablo, en quien tenia puestos los ojos, y á quien amaba con amor entrañable, hizo honda mella en su naturaleza. Y el día 20 de Marzo último entregó apaciblemente su alma á Dios, con no poca sorpresa y dolor de los que le rodeaban, los cuales no esperaban un tan rápido y funesto desenlace.

El sentimiento general que produjo en el país bascongado la muerte del esclarecido Cronista honorario de Bizcaya, fué demostración cumplida y solemne de las simpatías universales de que gozaba, y del respeto con que sus paisanos le distinguían.

Sus funerales fueron presididos por la Diputación de Bizcaya, no solo por ser el Sr. Sagarminaga Cronista honorario de la tierra bizcaina, sino también Padre de Provincia del nobilísimo Señorío.

Cuando uno va viendo los vacíos que se producen en las filas de los que defienden á la tierra euskara con las armas del saber y del ingenio, no puede menos de sentirse dominado por una profunda é invencible tristeza. ¡Qué de muertos ilustres los que llora el país euskaro desde el año 1884 hasta la fecha! Dejaron de pertenecer al mundo de los vivos Manterola y Otaegui y Landa y Villavaso y Vicente de Arana y Manteli y el dulcísimo Trueba y D. Juan E. Delmas y Allende Salazar y José María de Goizueta, y... ¡tantos otros! ¡Y ahora va á

aumentar esa gloriosa lista el insigne D. Fidel de Sagarminaga!

Al mirar tantas fosas entreabiertas, y considerar que con no haber traspasado apenas los umbrales que separan á la adolescencia de la juventud, va uno perdiendo tantos y tan esclarecidos maestros y compañeros, no puede menos de exclamarse con frase entrecortada por las lágrimas:

¡Dios mio, qué solos
se quedan los vivos!

¡Quiera el Cielo que la alegre juventud que ahora abre sus ojos á la luz de las letras, siga la noble senda que dejaron trazada esos ilustrados y generosos escritores, y consagren con ardor sus bríos y entusiasmos al enaltecimiento de las cosas euskaras!

CARMELO DE ECHEGARAY.

HASPARREN-EN EUSKAL-FÉSTAK



Abetan parte artu nai duten izkribatzalle neurtitzlariak, bigaldu bear dituzte beren moldaerak, estakaietan egilliaren izena gordeaz, aurtengo Uztaillaren 31-garren egunerako, zuzende onekiñ:

France

«Association Basque

Concours de Poésie»

A la Mairie de

Hasparren

(Bayonne)
